

los estudiantes, contradicho con exquisita cortesía por los doctores oficiales, exaltado á esas eminencias del renombre, de la fama, de la gloria universal, en cuyas cimas reina gran rareza de aire respirable y en cuyos piés gran frecuencia de tempestades horribles. El mismo Emperador Maximiliano; resentido de Leon X, á quien llamaba el último Papa y de quien dijera que procedía con él como un miserable; escribía en una de sus extrañas previsiones que le guardaran al fraile, pues le parecía pájaro de cuenta para empleado contra la cátedra de San Pedro. La verdadera fortaleza, el seguro inmortal, la defensa cierta de Lutero estaba en el elector de Sajonia, Federico el Prudente, quien se envanecía con verdadero envanecimiento del nombre ilustre conseguido por su primer vasallo y de la inmensa resonancia alcanzada por su Universidad de Witemberg. De consiguiente, el nombre de Lutero pertenecía ya, desde esta hora solemne, á la humanidad y á la historia.

Poco tiempo despues de una de estas escenas ocurridas en Alemania, encontrábase el Papa Leon X asentado en una de sus cámaras del Vaticano. Por las ventanas descubriábase el horizonte de Roma, esmaltando las torres de las iglesias y los escombros de las ruinas; entraria el aire, que acababa de mecer los altos cipreses en los inmensos jardines, cargado con las aromas del mirto y de la rosa; oíríase, al través de las paredes, el rumor oceánico de Roma, el resuello de los trabajadores que erigian la Basílica de San Pedro y el ensayo de los cómicos que ejecutaban alguna obra mas ó menos decente del escritor Maquiavelo y del Papa mismo; en las paredes brillarian los frescos de Rafael, sobre las mesas las joyas de Guiberti; resplandecería en este ángulo una estatua griega recién resucitada de los abismos, veríase en el otro un caballete con cuadro recién acabado por los rafaelistas; un griego deletrearía los manuscritos helénicos, un ciceroniano redondearía los períodos latinos; tal humanista embelesaría en recomponer un palimpsesto, tal poeta en devorar las obras de Ariosto; y como algun imprudente distrajera al Papa de todas estas contemplaciones y le llamara la atención sobre los sucesos de Alemania, meneó la cabeza con verdadero menosprecio, alzó los hombros con glacial indiferencia y dijo: «Guerra frailesca.» ¡Cuán profunda es la ceguera que pone Dios, cuando quiere hacer una revolucion ¡ay! en los únicos que pueden impedirla!

## CAPÍTULO XI

LOS COLABORADORES DE LUTERO

Cuentan las Historias de la revolucion francesa un dicho ya vulgar y célebre, que expresa el estado crítico de los ánimos en este momento supremo de la Reforma. Acababan los parisienses de tomar la Bastilla; y como Luis XVI, á cuyo Versalles arribaran confusamente las noticias, preguntase con anhelo á uno de sus cortesanos, si todas aquellas incidencias eran un motin, el cortesano le contestó que eran una revolucion. Igual calificativo puede y debe darse al estallido de la conciencia humana en el período que vamos historiando. La Reforma no era, no, esa oscura guerra frailesca de agustinos y dominicanos, á que Leon X la reducía sin buen acuerdo ni claro conocimiento de toda su importancia: los siglos la prepararon; Bautistas numerosos surgieron de todas partes á profetizarla; expresóla el entendimiento humano despues de haber extendido la línea inmensa de una larga serie de ideas en el momento providencial y oportuno en que debía sobrevenir; y cooperadores ilustres, llenos del espíritu moderno, cuyas inteligencias resplandecían con verdadero brillo, cooperaban, ora con la erudicion y ora con la crítica, ya empleando las armas de la sátira ó ya los arrebatos de la elocuencia, en luchas continuas y diarias, á que naciese con verdadera robustez y se consolidase en breve espacio de tiempo. Aquella oscura guerra de frailes semipelagianos con frailes fatalistas y agustinos, separó el mayor imperio continental de Europa, la Alemania, y el mayor imperio marítimo, la Inglaterra, del seno de la Iglesia; puso en el Océano la República holandesa, que abrió

vastos horizontes materiales al comercio y vastísimos horizontes morales al pensamiento; robusteció en el centro de Europa los cantones helvéticos, que afirmaron su libertad política con la energía derivada de la libertad de su conciencia; tuvo al Norte los reinos de Suecia y Dinamarca; animó las revoluciones sociales de los pueblos latinos; fundó en bases incontrastables el sistema parlamentario moderno; y hasta en aquella América, traída de una manera providencial á la historia, en la hora de nacer la Reforma, como para compensar con el Nuevo Mundo al Pontificado de la pérdida del Viejo; en aquella América, por medio de la peregrinacion de los puritanos, fundó la República que nos admira á todos con el espectáculo de su libérrima democracia y con los prodigios de su trabajo y de su industria. Así como, en el seno de la filosofía antigua, se encuentra desde los tiempos mismos de Tales, el primero de los filósofos, un rio de ideas que descompone el Paganismo y trae la verdad cristiana; en el seno de los dogmas católicos se encuentra á su vez, desde los tiempos de Simon, el primero de los heresiarcas, otra corriente de ideas, que descompone el Catolicismo y trae la Reforma protestante.

De suerte que así como el Cristianismo no sobrevino ni pudo sobrevenir de improviso, tampoco sobrevino ni pudo sobrevenir de improviso la Reforma. El sistema histórico, que tanta parte da en nuestra existencia á la casualidad; que explica los hechos mas capitales por circunstancias accidentalísimas; que cree las ideas estallando de una manera milagrosa y súbita en las conciencias; ese sistema se halla en realidad tan desacreditado como el sistema geológico, que no cuenta con el tiempo y con la sucesion de siglos y mas siglos para el desarrollo y perfeccionamiento de los planetas. Los grandes sistemas pasan por revoluciones que creeriais sidéreas; caen de la conciencia humana en forma indecisa como en forma cometaria caen los planetas del sol; se condensan y se definen al rededor de un pensamiento como al rededor de un núcleo se solidifican y adquieren su forma esférica esas gotas de luz llamadas astros; y luego, merced al tiempo, se cuajan en leyes, en instituciones, en sociedades nuevas, en pueblos, como merced al tiempo los planetas separan las tierras de las aguas, dibujan los continentes, exhalan las atmósferas, extienden los cielos y componen las misteriosas y providenciales habitaciones del espíritu.

La multitud de colaboradores, que tuvo Lutero en su obra, demuestra cómo dimanaba de lo mas profundo de la conciencia humana y cómo se dirigia á renovar y rehacer la cultura y la civilizacion de nuestro planeta. Nada prueba tanto la verdad de una idea, y si no la verdad de una idea, su inmensa fuerza vital, como que varios genios de primer orden la prediquen á un mismo tiempo, y funde sobre su base la sociedad humana, sólidas y duraderas instituciones. Se engañaría tristemente quien creyera que Lutero estaba solo y abandonado en su prodigiosa revolucion. Las fuerzas de un hombre no bastan jamás á cumplir y llenar la inmensidad de tal obra. No hay suficiente poder en la palabra de un orador elocuentísimo como lo era el gran tribuno de la conciencia libre; necesitase además el poeta que siembra inspiraciones, el crítico que destruye ídolos antiguos, el satírico que provoca la risa de las muchedumbres contra las supersticiones arraigadas; toda una serie de inteligencias, en las cuales tome la idea capitalísima de un sistema y de una revolucion los colores fundamentales que toma la luz en las facetas del prisma. De otra suerte no tendria el humano espíritu la fuerza indispensable á renovar la humana sociedad. Entre los hombres que mas contribuyeron á la magna obra de traer y de propagar la Revolucion religiosa, debe contarse indudablemente el célebre erudito Reuchlin, á quien hemos ya mencionado en otros parajes de esta obra, y ante quien debemos detenernos en este momento supremo del desarrollo providencial de la Reforma.

No busqueis en él ni un filósofo profundo, ni un poeta inspirado, ni un artista de primer orden, ni un genio de esos que atraen á las muchedumbres y que fundan con grande facilidad en torno suyo una Iglesia. Reuchlin es pura y simplemente un erudito; pero en estas grandes crisis sociales, cuando los corazones se agitan á una con profunda agitacion y las inteligencias se abren á la luz de las nuevas ideas; los ramos del saber, á primera vista menos cargados de frutos revolucionarios, contribuyen por medio de misteriosos efluvios á la revolucion. La ciencia de Reuchlin, sus investigaciones sobre el hebreo y el griego, por muy ajenas que al movimiento universal parezcan, depuraban los textos del antiguo y del nuevo Testamento, y depurándolos, ponian á merced de todos los entendimientos los manantiales del Cristianismo y daban sus mas sólidas bases á la revolucion. Esta, en sus comienzos, se

enseña principalmente con el monacato y con los monjes. Continuacion de la gran enemiga declarada por el Imperio al Pontificado; consecuencia dogmática y científica de todos los esfuerzos empleados por los Emperadores para contrastar á los Papas; condensacion de tantas pasiones como han combatido en el tempestuoso cielo de la Edad media; la Reforma debia dirigirse desde un principio contra las órdenes monásticas, ejército permanente de la antigua autoridad, segura fortaleza de las tradiciones religiosas, apoyo firmísimo del Catolicismo. Todo cuanto contribuyera en este ú otro grado á desautorizarlas, contribuia tambien á conmover los pilares fundamentales, sobre cuya solidez incontrastable se levantaba en las conciencias y en los cielos el grandioso edificio de la Iglesia. Ninguna de las empresas ideadas contra los monjes habia conseguido quebrantarlos en la pública opinion como la polémica de Reuchlin con los dominicanos de Colonia. Conviene decir que las órdenes monásticas, en el siglo décimosexto, no tenian el esplendor que las órdenes monásticas en el siglo décimotercio. Lo mismo los franciscanos que los dominicanos habian decaido mucho del antiguo esplendor prestado á sus respectivas milicias por las almas sublimes de San Francisco y de Santo Domingo, de estas dos estrellas polares de la Iglesia. Los dominicanos de Colonia, especialmente, habian emprendido una cruzada terrible contra los libros de los judíos, no tanto por móviles de moral y de religion, como por móviles de economía y de avaricia. Proponíanse forzar la mano del Emperador á que, por medio de la Inquisicion, quemase todos los libros judíos, excepto la Biblia, con segura esperanza de verlos rescatados por dinero y de recibir tal rescate en el fondo de sus arcas. La original idea no podia ser ni menos piadosa ni mas sórdida. Para mayor infamia, contaban con la complicidad de un renegado judío, que desmintiendo la fidelidad de los suyos á su creencia y á su raza, delataba las asociaciones israelitas y demandaba el fuego de la Inquisicion para sus libros. Tanto ruido metieron en Alemania con el fragor de estas pretensiones insensatas que obligaron al indiferente Maximiliano á dar un rescripto, mandando reunir todos los libros hebreos en Francfort. Pero los judíos no dejaban de tener amigos en la corte; y alcanzaron que el exámen y expurgo de sus libros se sometiera desde luego á la competente jurisdiccion de doctores expertos en la lengua hebraica. Reuchlin, el primero en filología sagrada, fué tambien el

primero en dar su sentir y su juicio. Los estruendos del mundo no llegaban hasta la puerta de su jardín ó de su retiro; y por consiguiente, no sabia la intriga urdida entre los voraces monjes y el infame converso. Consagrado á despachar la consulta con la mayor diligencia y el mayor acierto posibles, salvó de las llamas con su autoridad y con su ciencia un gran número de libros inapelablemente condenados por la traicion de un converso y por la codicia de un monasterio. El prior dominicano de Colonia enfurecióse contra Reuchlin; acusóle de herejía; é hizo quemar su consulta. Reuchlin se dirigió al Emperador y al Papa; y alcanzó, si no una victoria completa, una tolerancia especial de parte de estos en el combate, que vino á preceder los grandes combates de Lutero y á dar como una portentosa introduccion á sus titánicos trabajos. Todo entonces se resolvía contra el predominio de los Papas; la ciencia laica acababa de vencer á la ciencia monástica; la mas militante de todas las órdenes religiosas acababa de recibir una herida de insondable profundidad; el Catolicismo histórico, que encontraba en el monacato su fuerza, encuentra ahora en el monacato su flaqueza; y la Iglesia se cuarteaba y se resentía á los estremecimientos producidos por las carcajadas que brotan de estas terribles polémicas, en las cuales, cualquiera que sea el resultado, sale siempre perdiendo, lastimada y maltrecha, la antigua autoridad.

Entre los que mas celebraron la victoria del erudito Reuchlin, hallábase el caballero Hutten, delante del cual debemos detenernos, siquier sea por breve espacio de tiempo, á causa de la importancia que en sí mismo tiene como escritor, y del auxilio que presta con sus fuerzas á la colosal obra de Lutero. Apenas brillaba en Alemania una inteligencia que no hubiera tomado parte en el combate de Reuchlin con los dominicanos. La nacion entera, seguía los pasos de su gran humanista; y prestaba atencion sostenidísima y firme á su combate con los monjes. Y tenia razon. Reuchlin sostuvo la honra literaria de Alemania, pronunciando, en su niñez casi, una arenga, digna de compararse, por su clásico latin y por su castigada forma, con las mejores arengas de los ciceronianos; Reuchlin atravesó los Alpes, maravillando á Italia con su erudicion helénica, y explicó á Tucídides delante de los alemanes, con tanta elocuencia y tanto saber, que parecia como resucitada de nuevo á sus conjuros la antigua Pitonisa de las artes, la hermosísima Grecia; Reu-